



Centro de Estudios Internacionales para el Desarrollo

www.ceid.edu.ar - admin@ceid.edu.ar
Buenos Aires, Argentina

SOBRE HISTORIA E HISTORIOGRAFÍA

03/08/2009



Wladimir Sierra F*
wsierra@telegrafo.com.ec

El Telégrafo, Guayaquil, Ecuador¹

En estos tiempos de celebraciones independentistas se ha puesto muy de moda hablar de la historia y la historiografía. Y el debate, según escribió Carol Murillo el viernes 31 de julio, en este mismo medio, parece moverse en las ideas de aquellos que atribuyen a la historiografía una razón objetiva y otros que proponen ver en ella relatos sesgados por intereses de poder.

Me pregunto: ¿Y qué con la historia? ¿Qué con ese proceso "real" que nos abraza de tal modo que no nos permite abarcarlo? ¿Existe la historia -o las historias- por fuera de las historiografías? ¿Puede existir algo más allá del relato que lo hace posible? Creo que no.

Las historias, no las historiografías, son una procesualidad propia de la Modernidad, por eso las historiografías, de todo tipo, también son modernas. Las historias únicamente son posibles cuando hay transformaciones notorias en los espacios sociales pero, sobre todo, cuando hay discursos que ordenen esas transformaciones y que

* Columnista de *El Telégrafo*, Guayaquil, Ecuador.

¹ El presente artículo fue tomado de la edición impresa de *Diario El Telégrafo*, Ecuador, del lunes 03 de agosto de 2009, http://www.telegrafo.com.ec/opinion/columnista/archive/opinion/columnistas/2009/08/03/Sobre-historia-e-historiograf_ED00_a.aspx

les otorguen el carácter de lo que son. La modernidad permitió lo uno y lo otro.

Wilhelm Dilthey, el filósofo alemán que tal vez mejor pensó la historia, postulaba que el decurrir del tiempo es difícil de atraparlo desde su objetividad, porque en sí mismo el tiempo no tiene rupturas en su continuo e infinito fluir.

Empero ese tiempo puede ser fracturado, según el mismo Dilthey, dentro de las vivencias humanas y gracias al sentido que estipulemos a uno de sus segmentos. La historia es, por eso, una segmentación temporal ocasionada por el sentido que a ese período, los seres humanos, le den. Tal sentido –o sentidos– están determinados por las necesidades subjetivas de las personas o protagonistas que, en un momento, quieren ‘congelar’ un espacio de la temporalidad. La historia, ni siquiera la de nuestra propia vida, es la misma si se la pretende atrapar en distintos instantes. La historia, simplemente, no está por fuera del sentido que demos a su decurrir, o sea, ella misma es ese sentido.

Pero, ¿qué es lo que nos impulsa a buscar reconstruir nuestro tiempo pretérito bajo la perspectiva de la objetividad de los hechos y no solo a recordarla como un relato maleable que, en dependencia de nuestros estados de ánimo, puede contornearse a nuestro antojo, como lo hacemos muchas veces con nuestra anécdota personal? Pareciera que son intereses particulares del presente, o intereses particulares con proyección de futuro, los que nos arrojan a transformar los lúdicos relatos del pasado en encarnizadas disputas por su cientificidad.

Creo que ahora el país se encuentra en esa tarea, tratando de disputarse la objetividad de un relato para realizar –quién sabe– qué tipo de intereses. ¿A quién le pertenece el Bicentenario? ¿Qué proyección de futuro buscan sus interesados?

Esa historiografía que crea/ensalza/disfruta el sentido del Bicentenario a muchos no nos concierne. Ni como escabroso relato de una nacionalidad postiza y mucho menos como un “dato científico” incuestionable.

Por el contrario, nos ofende que sigan intentando afirmar un relato carente de los sentidos que aspiramos a dar a nuestros distintos pasados.